

**GEOCITERATURA.  
PAISAJE CITERARIO Y TURISMO**



Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

# **GEOCITERATURA. PAISAJE CITERARIO Y CITERISMO**

Félic Pillét Capdepón



Consulte nuestra página web: **www.sintesis.com**  
En ella encontrará el catálogo completo y comentado

Esta edición se ha realizado con la colaboración del Vicerrectorado de Investigación y Política Científica de la Universidad de Castilla-La Mancha (GI20152940).

Reservados todos los derechos. Está prohibido, bajo las sanciones penales y el resarcimiento civil previstos en las leyes, reproducir, registrar o transmitir esta publicación, íntegra o parcialmente, por cualquier sistema de recuperación y por cualquier medio, sea mecánico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o por cualquier otro, sin la autorización previa por escrito de Editorial Síntesis, S. A.

© Félix Pillet Capdepón

© EDITORIAL SÍNTESIS, S. A.  
Vallehermoso, 34. 28015 Madrid  
Teléfono: 91 593 20 98  
[www.sintesis.com](http://www.sintesis.com)

ISBN: 978-84-9171-064-6  
Depósito Legal: M. 23.484-2017

Impreso en España - Printed in Spain

# Índice

<i>Introducción</i> .....	7
Geografía humana y literatura .....	7
El paisaje: viajeros, novelistas y poetas .....	8
El turismo: el patrimonio territorial .....	12
<i>Nota</i> .....	15
<b>1. Viajes, viajeros y paisajes</b> .....	17
1.1. La evolución del viaje por los espacios y paisajes del mundo ....	17
1.1.1. El viaje como saber estratégico .....	17
1.1.2. El viaje como saber formativo y científico .....	19
1.1.3. El viaje como placer estético y divertimento .....	21
1.2. Viajeros por los paisajes de España:	
del siglo XVIII a la actualidad .....	25
1.2.1. Los viajeros ilustrados:	
segunda mitad del siglo XVIII .....	26
1.2.2. Los viajeros románticos: siglo XIX .....	29
1.2.3. Los viajeros del modernismo y del realismo social:	
finales del XIX hasta mediados del siglo XX .....	33
1.2.4. Los viajeros del paisajismo franquista:	
segunda parte del siglo XX .....	39
1.2.5. Los viajeros hiperrealistas y neorrománticos:	
la transición al siglo XXI .....	42
<i>Notas</i> .....	45

<b>2. La imagen literaria del paisaje .....</b>	<b>47</b>
2.1. La evolución de la imagen literaria del paisaje urbano: de la ciudad moderna a la ciudad actual .....	47
2.1.1. La ciudad moderna .....	49
2.1.2. La ciudad en la actual posmodernidad .....	56
2.1.3. Nueva York: la ciudad moderna y la ciudad actual .....	59
2.2. El paisaje de España en sus versos: de la naturaleza a la ciudad .....	64
2.2.1. El paisaje sublime y social .....	65
2.2.2. El paisaje rural y urbano desde mediados del siglo pasado .....	72
2.2.3. Geografía y poesía: el paisaje de España y otros viajes .....	80
2.3. La evolución de la imagen literaria del paisaje rural: una extensa comarca y una obra universal .....	87
2.3.1. El <i>Quijote</i> : territorio, paisaje y lugar .....	88
2.3.2. La Mancha y la mirada literaria durante cuatro siglos .....	93
Notas .....	107
<b>3. El patrimonio territorial como destino turístico .....</b>	<b>109</b>
3.1. Los espacios del turismo: el patrimonio territorial en España ....	109
3.1.1. La evolución del turismo y su estudio .....	109
3.1.2. Los espacios del turismo .....	112
3.1.3. El turismo en la escala local: el patrimonio territorial o comarcal .....	117
3.1.4. Las comarcas o agrupaciones comarcales ofertadas como destino turístico .....	121
3.1.5. Los paisajes culturales y el patrimonio territorial ...	130
3.2. Del análisis geográfico a los espacios del turismo y las rutas literarias en Castilla-La Mancha .....	132
3.2.1. Los espacios del turismo .....	135
3.2.2. Un nuevo espacio del turismo, olvidado: las comarcas geográficas como patrimonio territorial .....	146
3.2.3. El turismo enogastronómico y sus comarcas .....	152
3.2.4. Las rutas literarias y sus comarcas .....	157
Notas .....	165
<b>Conclusión .....</b>	<b>171</b>
<b>Bibliografía .....</b>	<b>173</b>
A. Ensayo o investigación .....	173
B. Creación literaria .....	186

## 2

### *La imagen literaria del paisaje*

#### 2.1. La evolución de la imagen literaria del paisaje urbano: de la ciudad moderna a la ciudad actual

Las claves de la imagen literaria del paisaje de España proceden de los escritores que se sucedieron entre el Romanticismo y la Generación del 27, y decaen tras la guerra civil, aunque se recogerá la aportación de otros autores hasta los años ochenta del pasado siglo, según Ortega Cantero (2003). Este mismo autor ha recordado posteriormente la influencia ejercida por Humboldt en la Institución Libre de Enseñanza (1876), y su fundador, Francisco Giner de los Ríos, que ha afirmado que la visión del paisaje “es inseparable de esa búsqueda de la identidad nacional española, orientada por su perspectiva nacionalista, de signo liberal y progresista”, consideración que llegaría muy directamente hasta Azorín y Unamuno, pues despertó en ellos el interés por los libros de viajes, por los aspectos geográficos, por el “descubrimiento” moderno del paisaje, en definitiva, un acercamiento literario a la realidad geográfica y paisajística de España, desde el amor a la naturaleza, y el desarrollo del concepto del paisaje natural; de hecho Azorín, el gran paisajista, afirmó: “Lo que da la medida de un artista es su sentimiento de la naturaleza, del paisaje...” (Ortega Cantero, 2016: 167). Este texto se recoge en la obra *Geografía y paisaje en la literatura hispanoamericana y española*, donde la literatura hispanoamericana se convierte, desde el Romanticismo, en el germen del llamado realismo mágico, coincidiendo con el espíritu de independencia, destacando personalidades como Andrés Bello, pues, en él, el paisaje alcanza un gran protagonismo que se utiliza como pretexto para ensalzar lo propio, lo autóctono, la contraposición entre naturaleza (América) y cultura (Europa). Durante el siglo xx distintos autores manifestaron su preocupación por el paisaje hasta llegar a la actualidad, como es el caso del

poeta Raúl Zurita que, como tantos poetas españoles, fijó su mirada en los ríos: “Canto, canto de los ríos que se vienen”; su poesía narrativa mezcla el paisaje, la palabra y la desolación, y como afirma Rovira “Zurita realiza la conversión de la naturaleza en cultura a través del paisaje” (Olcina y Valero, 2016: 165).

Nuestro objetivo fundamental ahora es centrarnos en el paisaje urbano para conocer la situación desde el Romanticismo hasta la actualidad. Los estudios geográficos sobre el paisaje urbano durante los últimos años han sido escasos; por tal motivo, parece oportuno que en el llamado “siglo de las ciudades” recordemos algunas propuestas, como la realizada por Capel (2001: 146-147), en la que demuestra la perfecta conexión con la literatura, a través de la obra de Borges, señalando que la ciudad es “ese producto excelso de la cultura”. Otro geógrafo, Bertrand Lévy (2006: 472), indicaba que los grandes literatos siempre tuvieron necesidad de la ciudad, de algunas ciudades, para ubicar su acción y alimentar sus reflexiones, pues ellos nos entregan “un informe explicativo esencial sobre la ciudad”.

El análisis del proceso de urbanización lo relacionaremos con la obra literaria, como complemento al discurso geográfico y en algunas ocasiones dando prioridad a esta última, con el fin de analizar las principales ciudades españolas, pero también la que ha sido la metrópoli desde comienzos del siglo pasado y hoy ciudad global: Nueva York, ya que ha interesado a diversos escritores españoles. Dicho proceso se ha tratado y sistematizado en distintas obras que nos ayudan a comprender mejor el desarrollo del hecho urbano (Pacione, 2001; Lois, 2012). Nuestro objetivo es centrarnos, sin ánimo de ser exclusivos, en la diferenciación entre la ciudad moderna y la actual, a partir de la obra literaria realizada por escritores españoles en lengua castellana, tanto narradores como poetas, con el deseo de detenernos en las que ofrezcan claramente descripción de las ciudades, lo que nos ha obligado a prescindir de un gran número de obras que no aportaban documentación para el conocimiento de la morfología urbana, sin tener en cuenta, en ningún momento, la trama o el contenido de la obra.

La ciudad se ha convertido en el espacio literario preferido de los escritores; en ella se funden el mito, la invención y la realidad, de hecho hay autores que han logrado una simbiosis perfecta con su ciudad natal o de adopción (García Jambrina, 2006). Tanto Barcelona como Madrid han sido una constante en el intento de adaptación del texto a la intención urbana, como clave literaria que pretende hacer legible la ciudad. En las últimas décadas se han llevado a cabo varias tesis doctorales sobre espacios urbanos españoles que profundizaron en la relación entre literatura y ciudad, que van desde la guerra civil hasta la actualidad: *Madrid como escenario literario en la novela española contemporánea*, escrita por Del Moral (1992), centrada en los años 1939 a 1975; *Barcelona: la novel.la urbana (1944-1988)* de Sturm-Trigonakis, traducida del alemán (1996), incluyendo obras escritas en castellano y catalán<sup>1</sup>; *La ciudad de las palabras. Imágenes urbanas en novelas españolas contemporáneas* de López Cabrales



(2000), novela social urbana de los años 1956 a 1976; *La configuración de la imagen de la gran ciudad en la literatura postmoderna: (ámbito romántico)*, de Tudoras (2004), donde se analiza el Madrid de la actual etapa posmoderna, y por último, *Dones i ciutat a la Barcelona del segle xx: Una anàlisi geogràfica a través de la literatura* de Edd (2005), es decir, la ciudad de Barcelona desde una visión de género durante el pasado siglo. El propio López Cabrales afirma que aunque existen obras donde apenas se menciona el espacio urbano de referencia, por el contrario en otros textos la ciudad aparece descrita con un lujo de detalles que proporcionan interesantes noticias para posibles análisis e interpretaciones urbanísticas. No cabe duda, como así se ha demostrado, que la novela, en sustitución de los libros de viajeros, cada vez menos frecuentes, se presta mejor que ningún otro género a elaborar el tema de la ciudad, aunque la mayor parte de las veces esta aparezca más como fondo que como tema.

Junto a la aportación literaria, no podemos olvidar otras fuentes, aunque ahora no las utilicemos, como es el caso de la pintura, los dibujos, la cartografía, las ilustraciones y la fotografía que ayudan a comprender la idea del paisaje urbano. Se ha afirmado que la literatura, el grabado y la pintura contribuyen a definir como “culturales” paisajes urbanos que sobresalen por su emplazamiento, entorno, entramado y construcciones (Zárate, 2010: 187). Un buen ejemplo es la obra realista de Antonio López, contemplada como “una visión cálida e intemporal de la ciudad”, donde convierte a Madrid en “protagonista de la pintura”, tal y como señala el pintor (Espejo y López de los Mozos, 2012: 218 y 222).

### 2.1.1. *La ciudad moderna*

El paso de la ciudad preindustrial a la industrial durante el siglo XIX dio lugar, en un primer momento, a una mayor utilización del espacio construido, gracias a los edificios y terrenos aportados dentro y fuera del recinto amurallado por el proceso desamortizador. Con la ciudad industrial, y tras el derrumbe de las murallas y la llegada del ferrocarril y de las industrias, se inician los procesos de ensanche. Esta expansión vino acompañada del rechazo de los habitantes, pues veían en la nueva ciudad el origen de todas las enfermedades y desgracias. La novela moderna pondrá en boca de sus personajes todos los males que estaba sufriendo la población y especialmente los del 98, pues dieron una visión pesimista, así como las nuevas transformaciones urbanas. No cabe duda que la primera y gran novela de interés geográfico-literario fue *La Regenta* (1884-1885), de Leopoldo Alas “Clarín”, donde se nos presenta a Vetusta (Oviedo) como una ciudad en transformación. El autor nos ofrece una auténtica anatomía de la sociedad de la Restauración. Muy bien hubiera podido titularse la novela *Vetusta*, pues parece un claro objetivo dar una visión estructurada de su distribución

urbana. La obra se inicia con un comienzo eminentemente romántico, al que se une un documento de verdadera descripción realista de sus distintas zonas: el centro histórico “la Encimada era el barrio noble y el barrio pobre de Vetusta”; en segundo lugar, el ensanche burgués o nuevo urbanismo planificado, es decir, “la Colonia” o “la Vetusta novísima tirada a cordel”, y, por último, la única barriada obrero-industrial.

#### A) *Madrid y su consolidación como capital*

Mientras unas ciudades se convirtieron en el centro de atención de la transformación urbana, como fue el caso de Madrid y Barcelona, la mayor parte se correspondían con pequeños núcleos urbanos o capitales de provincia enclavadas en el ambiente rural, fuertemente dominados por la sociedad estamental: nobleza y clero. A comienzos del siglo XIX, Madrid, la Villa y Corte, aún era una capital por hacer. Las principales transformaciones urbanas vinieron de la mano del proceso desamortizador, ya que se permitió el crecimiento urbano dentro del recinto de la muralla, aprovechando los edificios y los huertos que dejaron de ser regentados por las órdenes religiosas para pasar a manos de la burguesía y del poder político, lo que permitió aprovechar el suelo y los edificios desamortizados para nuevas funciones con el fin de poder dotarla de los equipamientos capitalinos que necesitaba para estar en igualdad de condiciones con otras capitales europeas. Fuera de las murallas se construyeron los primeros cementerios, como solución a uno de los problemas de higiene.

Dos autores costumbristas nos dejaron claro reflejo de las mejoras que se iban experimentando en el proceso de renovación del parque inmobiliario, así como de las deficiencias que ofrecía como capital del Estado, pues en aquellos momentos otras ciudades españolas presentaban mejor presencia. En su recopilatorio *Artículos de costumbres*, Mariano José de Larra, el mejor cronista de la sociedad del momento, personaje decisivo de la modernidad española, se preguntaba si los cementerios estaban fuera o dentro de las murallas como crítica a la vida urbana de aquellos momentos; en uno de sus textos, *Las casas nuevas* (1833), informa del rápido proceso de sustitución de inmuebles, dentro de los límites de la muralla, y observa la aparición de viviendas de mayor altura, al tiempo que se va sustituyendo la construcción de tipo rural. Cuando se refiere a las casas antiguas señala “que van desapareciendo en Madrid rapidísimamente” y hace mención a su irregular morfología interior. Respecto a las de nueva creación indicará que “surgen de la noche a la mañana por todas las calles de Madrid”, con más “balcones que ladrillos y más pisos que balcones”, lo que muestra la transformación que se estaba operando en las viviendas, especialmente en la morfología de las nuevas fachadas burguesas. Por su parte, Ramón de Mesonero Romanos, en sus *Escenas matritenses* (1846), nos indica en *Paseos*

por las calles la situación negativa de la ciudad, y su esperanza en un futuro próximo. Señalaba que la capital no posee edificios de gran altura, ni equipamientos como una catedral, desde la que poder ver su panorámica, “a vista de pájaro”. Hacía referencia al mal estado de las calles y fachadas, esperando que se hiciera de una forma general el “revoque de las casas”.

La caída de la muralla favoreció la expansión urbana y la conexión con el ferrocarril, la población se incrementó con la llegada de inmigrantes de las distintas provincias españolas, ocupando los espacios de la vieja trama, más los nuevos trazados urbanos que se proyectaron, unos rodeando la trama original radioconcéntrica, como fue el Ensanche de Castro (1860), diseñado para asentar a la burguesía y a las clases medias, imprimiendo una cierta segregación social y funcional mediante la correspondiente zonificación de la ciudad. Posteriormente, como proyección periférica e higienista aparecería la Ciudad Lineal de Soria (1882), antecedente de la periurbanización. Las primeras manifestaciones literarias se centraron en la trama histórica de la ciudad, en el centro y en los viejos suburbios, Benito Pérez Galdós, en una de sus mejores novelas, *Fortunata y Jacinta* (1887), nos habla de la sociedad urbana matritense, reconoce que mucho tiene que imitar esta ciudad a “la sin par Sevilla”, pues en el fondo Madrid, aunque es grande, sigue siendo “una aldea”. Señala que la primera expansión interior se debió a los beneficios de la desamortización a causa del aporte de edificios y solares para nuevas funciones “que la desamortización edificara una ciudad nueva sobre los escombros de los conventos”. En *Misericordia* (1897) nos presenta la otra cara de la ciudad, la del suburbio “lleno de montones de basura, residuos, despojos y desperdicios de todo lo humano”, lo que demuestra las malas condiciones higiénicas que se soportaban.

Desde comienzos del nuevo siglo se atisba el paso de la sociedad burguesa de corte liberal a la nueva sociedad capitalista. Todo ello da como resultado una postura crítica ante los problemas del país, situación que encontramos en la capital del Estado pero también en Barcelona<sup>2</sup>. El mejor ejemplo de lo afirmado lo representó José Martínez Ruiz “Azorín” con su primera novela *La voluntad* (1902), escrita en el Madrid más viejo y sórdido, uniendo lo real con lo ficticio, la literatura con el periodismo, muestra clara de regeneracionismo, activismo ideológico e indagación psicológica. El mejor paisajista de su generación nos mostrará una visión urbana nueva, que demuestra que la naciente gran ciudad no viene a resolver nada pues enerva y favorece su abandono, debido al exceso de ruido y tránsito urbano en las principales vías, en una sociedad que sigue manteniéndose en sus tradiciones:

Hay en el ambiente de estas grandes ciudades, a esta hora, una sensación de voluptuosidad y de fatiga, de serenidad y de enervamiento (...).

Dentro de esta misma línea de renovación literaria encontramos a su amigo y compañero de generación Pío Baroja con dos novelas importantes, la primera *Camino de perfección* (1902), donde el autor expresa de manera radical su rechazo a la ciudad industrial (Madrid) y muestra su interés por las ciudades donde gravita el pasado y se remansa el presente, pues la “gran capital con sus chimeneas era el monstruo”, proponiendo, al mismo tiempo, la huida a Toledo, ciudad considerada como mística, como ciudad del pasado o preindustrial. Por otro lado, en su novela *La busca* (1904) nos habla del Madrid real, de gentes humildes y bajos fondos, de la sociedad urbana y suburbana, desamparada, abigarrada y violenta. En ella nos ofrece su visión sobre los domingos del Rastro rebozante de gente, de la Ribera de Curtidores y de las zonas próximas al Manzanares:

Espectáculo de miseria y sordidez, de tristeza e incultura que ofrecen las afueras de Madrid con sus rondas miserables, llenas de polvo en verano y de lodo en invierno.

El interés literario por esta zona de Madrid continuó durante la década siguiente. Ramón Gómez de la Serna ofrece un libro de ensayo titulado *El Rastro* (1915) en el que nos muestra un suburbio donde “la población se va empobreciendo”, lleno de gentes y transeúntes que venden y compran un “montón de cosas”, en un urbanismo que mezcla casas de ladrillo rojo con otras que llaman la atención por sus balcones y buhardillas, todo ello en un viario irregular, como corresponde a las áreas más degradadas e irregulares de la trama histórica:

Hay bocacalles estrechas y empinadas, que se tuercen en recodos que cierran y resguardan más el Rastro.

Distinta es la visión de Juan Ramón Jiménez en su narración *La colina de los chopos: Madrid posible e imposible* (1914 y 1920). En ella desvela, inmerso en un conflicto estético y social, la luz y el color de la ciudad. Convierte su obra en una exploración del espacio vivido, unas veces como sensible espectador y otras como crítico implacable de las aberraciones urbanísticas. En su obra nos describe lo que él denomina un “pueblo manchego” que está iniciando su deterioro:

Ha perdido el arraigo, la fuerza, con la ausencia total de su armonía natural y su belleza propia. Es una muestra evidente de decadencia total (...).

Estos textos literarios nos ayudan a conocer la transformación de la capital, pero también las diferencias existentes entre las diversas zonas de la ciudad, especialmente los sectores más deteriorados. Tanto Madrid como el resto de las capitales de provincia vieron crecer su población, al tiempo que el campo se

vaciaba. Uno de los mayores problemas fue la ausencia de viviendas para la incipiente clase media y para los sustratos de población con menos ingresos, apenas resuelto con la legislación de “casas baratas”. Nos centraremos ahora preferentemente en las ciudades castellanas que rodeaban a Madrid y de la que dependían estrechamente.

### B) *Capitales de provincia en el tránsito del siglo XIX al XX*

El aviso de la llegada del ferrocarril a comienzos de la segunda mitad del siglo XIX a las puertas de las ciudades obligaba a preocuparse por su “ornato”, por mejorar su presencia limpiando y encalando sus fachadas, empedrando sus calles, pues ahora iban a estar más expuestas al exterior. Sus murallas comenzaron a caer, no por que representaran un obstáculo al desarrollo suburbano, pues la razón fundamental de dicho derribo parcial se debió a la necesidad de comunicar la trama urbana con la estación de trenes. Las ciudades estaban experimentando un cambio importante en su estructura estamental, la Iglesia había perdido su poder económico como consecuencia del proceso desamortizador, la nobleza local seguía manteniendo sus privilegios, al tiempo que una nueva burguesía integrada por comerciantes, industriales y burócratas, principal beneficiaria de la desamortización, iba escalando los primeros lugares en las listas de mayores contribuyentes. Todo ello acompañado de una escasa riqueza pública o municipal que imposibilitaba llevar a cabo las mínimas mejoras urbanas.

La emigración del campo a la ciudad favoreció a estas capitales de provincia que vieron crecer su curva de población de forma considerable, pero su aparente desarrollo social no condicionó un espíritu de modernidad, convertidas en lugar de refugio para quienes no soportaban el trepidante desarrollo de las grandes ciudades, en este caso Madrid, y por este motivo las eligieron como destino preferente. Arroyo (1989: 362-363), al referirse a los hombres del 98, señala que mostraron cierta aversión ante el hecho urbano, en referencia a la ciudad moderna, destacando en tres de ellos las siguientes aportaciones: la visión crítica de la vida urbana en Azorín, la marginalidad de los barrios en Baroja y la excepción de Salamanca en Unamuno. Para analizar estas circunstancias nos ha parecido conveniente relacionar tres ciudades castellanas con los tres autores antes citados: Baroja con Cuenca, Azorín con Segovia y Unamuno, por supuesto, con Salamanca. En ellas se hace mención expresa y detallada a sus diferentes emplazamientos y a los ríos que las rodean. Pío Baroja nos traslada en su obra *Los recursos de la astucia* (1915) a la ciudad de Cuenca. Destaca la situación estratégica de la urbe, su curioso emplazamiento, con un “aire de centinela y observador”, rodeada de barrancos “llamados Las Hocas” donde centra su preocupación por describir los pequeños detalles de la parte alta: “es una pirámide de casas viejas, apiñadas, manchadas por la lepra amarilla de los

líquenes”, así como su necesaria expansión en la llanura “bajar de su roca a la llanura (...) creó un arrabal o ciudad baja (...)”. Por su parte, José Martínez Ruiz “Azorín” publicaría su novela *Doña Inés* (1925), donde la ciudad de Segovia se convierte en protagonista, como resultado de un proceso evolutivo que ha ido acumulando nobles construcciones rodeadas de naturaleza viva y de luminosidad, pues como él señala, “no podemos poner al pronto orden y sosiego en la admiración” de cuanto alcanza ver su mirada. Por último, Miguel de Unamuno, este bilbaíno asentado en Salamanca, narra en su libro *Andanzas y visiones españolas* (1922) sus experiencias sobre el espacio que habita y considera su hogar:

Es una ciudad que crece, aunque lentamente: una ciudad que extiende su comercio, y aunque en menor escala, también su industria y su agricultura.

A los tres citados, añadiremos la presencia en Toledo de un navarro afincado en esta ciudad y reconocido en Madrid, nos estamos refiriendo a Félix Urabayen, que escribió tres novelas sobre la vieja ciudad imperial; en la última de ellas, *Don Amor volvió a Toledo* (1936), indicará que:

Toledo es un peñón, una prisión atenuada, donde vivimos parasitariamente curas, militares y ciudadanos sin graduación (...). Me parece la ciudad una gusanera latente bajo un caparazón maravilloso.

Diferente era la visión que nos ofrecía Federico García Lorca de otra capital de provincia, en este caso Andalucía, en un primer ejercicio literario en prosa: *Impresiones y paisajes* (1918), obra donde ya empezaba a apuntar una nueva idea de paisaje. De su ciudad dijo, en su fantasía simbólica, que “el viento convierte en órgano a Granada, sirviéndole de tubos sus calles estrechas”. El texto que recogemos se centra en una parte muy singular de la ciudad, desarrollando un juego entre lo construido y el viento circundante, mostrando la herencia del urbanismo islámico:

El Albaicín se amontona sobre la colina (...). Están las casas colocadas, como si un viento huracanado las hubiera arremolinado así. Se montan unas sobre otras con raros ritmos de líneas.

### C) *De la posguerra a la democracia urbana*

Concluida la guerra civil comenzaron a redactarse los primeros planes de reconstrucción de grandes ciudades, así como el desarrollo de la legislación en favor de la vivienda, especialmente la “subvencionada” (1957), dirigida hacia los sectores populares y a la clase trabajadora, al tiempo que existió tolerancia ante

el barraquismo. El texto de la Ley sobre Régimen del Suelo y Ordenación Urbana (1956) fue mejor que sus consecuencias, pues los sucesivos planes generales de ordenación urbana originaron la destrucción del legado urbanístico, el abandono y deterioro de los centros históricos y la desorganización de las periferias, aspectos todos ellos que forzaron la aparición de las asociaciones de vecinos, como respuesta social de la población trabajadora e inmigrante que ocupaba las nuevas periferias. Con el texto refundido de la ley (1976) se inició el control democrático desde los ayuntamientos, lo que dio lugar a unos planes generales que querían terminar con la ciudad especulativa y de renovación, en definitiva un nuevo urbanismo más comprometido con el patrimonio, sin ocultar algunos desafueros. Un grupo de propietarios integrado por el capital inmobiliario y financiero controlará las principales inversiones y el mayor porcentaje del valor de cambio, quedando Madrid a la cabeza de la riqueza catastral urbana por asentarse allí los grandes capitales y una nómina muy amplia de nobleza titulada (Pillet, 2012).

Para entender esta etapa elegiremos una novela sobre Madrid, la que nos parece más trascendental, para a continuación centrarnos en tres novelas sobre Barcelona. Luis Martín-Santos, en *Tiempo de silencio* (1961), retrata el Madrid de 1949; en ella nos ofrece los estratos sociales de una ciudad a partir de un renovado estilo. El autor nos lleva a través de los barrios suburbiales hasta las chabolas, describiendo con detalle los materiales utilizados para su construcción como “oníricas construcciones”; fueron las primeras autoedificaciones surgidas en los descampados de las entradas a la ciudad. Tres novelas claramente urbanas vienen a describir la realidad de Barcelona: la primera se centra en el casco histórico, la segunda en la zona más suburbana, y la tercera nos evoca su pasado para demostrar que siempre ha apostado por la innovación. Nos estamos refiriendo, en primer lugar a *Nada* (1945) de Carmen Laforet, en la que se ofrece un retrato de la Barcelona vencida y ocupada en los años cuarenta que refleja la sordidez y la mediocridad. Señala los distintos ambientes urbanos: la Vía Layetana, “tan ancha, grande y nueva, cruzaba el corazón del barrio viejo”; luego la referencia a la catedral y al barrio gótico “nafragando entre húmedas casas construidas sin estilo en medio de sus venerables sillares”, y, por último, las Rambas “conmovidas de animación y de luces”. La segunda obra se desarrolla en la zona más periférica de la urbe, nos referimos a la novela-reportaje de Francisco Candel, *Donde la ciudad cambia su nombre* (1957). Narra su visión de los barrios planificados y espontáneos, ocupados todos ellos por charnegos, rodeados de fábricas y chimeneas:

Estas barracas se han reproducido y procreado como hongos (...). Estos barrios son, poco más o menos, como una perdigonada en una sábana.

En la etapa democrática surge la tercera novela sobre Barcelona. Más que mirar a la ciudad del presente, gira hacia el pasado con el fin de prepararnos para un nuevo acontecimiento internacional; por este motivo se ha afirmado que marca

la transición entre la modernidad y la posmodernidad convirtiendo a Barcelona en tema y protagonista a la vez. Lógicamente nos estamos refiriendo a Eduardo Mendoza y su novela *La ciudad de los prodigios* (1986), obra especialmente representativa por su interés geográfico. La novela es un dibujo neosocial que recoge los cambios sufridos, la deuda que registró en un periodo crucial de su historia, y también su conversión en avanzadilla de España. En definitiva, la narración recorre su historia urbana, caracterizada por la industrialización y su expansión. Muestra una ciudad orgullosa de las dos exposiciones universales (1888 y 1929) y de su Ensanche, diseñado por Cerdá (1859):

El viajero que acude por primera vez a Barcelona advierte pronto dónde acaba la ciudad antigua y empieza la nueva (...). De ser sinuosas las calles se vuelven rectas y más anchas (...). Era una cuadrícula indiferenciada que desconcertaba a forasteros y nativos por igual (...).

Un caso muy significativo en muchas ciudades españolas fue que mientras los centros de las consideradas con escaso patrimonio construido fueron renovados en su totalidad, produciéndose procesos de retranqueamiento y, por tanto, la desaparición, parcialmente, de la trama urbana y de gran parte de sus principales edificaciones, los de las ciudades histórico-artísticas, algunas de ellas hoy Patrimonio de la Humanidad, se abandonaron, se envejecieron, y se llevó a cabo todo el proceso constructivo a su periferia, perdiendo la ciudad vieja el sentido de ciudad viva. Rafael Chirbes, en *El viajero sedentario. Ciudades* (2004) hace referencia, en su recopilatorio de distintos viajes anteriores al nuevo siglo, a las ciudades-museo, a las ciudades sin vida propia, para afirmar que “el tiempo se detuvo para ellas y las envolvió con capacidad paralizante”.

### 2.1.2. *La ciudad en la actual posmodernidad*

La ciudad posindustrial o actual vino marcada por dos tendencias contrapuestas: por un lado, la periurbanización, que dio lugar a la ciudad difusa o dispersa recalificando la periferia, y, por otra, la reurbanización o recentralización, que supuso una mayor preocupación por el espacio histórico, sin olvidar los grandes eventos del 92 y sus negativas consecuencias en el uso del suelo urbano.

La ciudad dispersa se desbordó sobre el campo, más allá del continuo urbano, revitalizando pequeñas localidades y originando una alta dependencia del automóvil, utilizando como instrumento de expansión la vivienda unifamiliar, con sus problemas de insostenibilidad y de no ser útil en las edades avanzadas, pues llegado el momento las abandonan para volver al piso. Respecto a la recentralización, tendríamos que hacer mención a la revitalización de los centros



a costa de acontecimientos o eventos, convirtiendo la ciudad en mercancía, en espectáculo; llevando también a cabo todo un proceso de rehabilitación, peatonalización, mejora del equipamiento urbano, con el fin de atraer población y visitantes. A estos dos aspectos operados tanto en el centro como en la periferia se unieron las consecuencias de la Ley sobre Régimen del Suelo y Valoraciones (1998), principal responsable de la burbuja inmobiliaria, y de las leyes autonómicas sobre la actividad urbanística, que han otorgado supremacía al proyecto sobre el plan, lo que ha producido, todo ello, la crisis del urbanismo y de la vivienda. El principal obstáculo para el conocimiento de esta realidad la encontramos en la opacidad catastral, al omitir la referencia directa a los propietarios, y en la Ley Orgánica de Protección de Datos de Carácter Personal (1999), que ha frenado una tradición geográfica basada en considerar el estudio de la propiedad como elemento fundamental de las transformaciones operadas en el suelo urbano-rural.

Durante los años noventa la relación geografía urbana-literatura quedó claramente expresada en distintos estudios, y especialmente sobre Barcelona (Carreras, 1994, 1995) ciudad que ha sido ejemplo de claros procesos de maquiillaje que han actuado sobre su espacio central o lo que se conoce como distrito quinto o “barrio chino” y “el raval” (Castellanos, 2002). En este interés por el espacio central, por un barrio significativo en la ciudad de Madrid, encontramos una novela de Julio Llamazares, *El cielo de Madrid* (2005), en la que al referirse al “barrio viejo” de Chueca señala las transformaciones experimentadas, ejemplo del proceso de gentrificación urbana y de recentralización:

Entonces estaba lleno de viejas tiendas y tabernas (...) y ahora era el más divertido y concurrido de la ciudad (...) sus viejas callejas y plazuelas se convirtieron en una especie de laberinto.

Antes de pasar a las obras que han analizado la periferia, la ciudad difusa, tendremos en consideración la novela escrita por el Premio Príncipe de Asturias de las Letras, Antonio Muñoz Molina: *Los misterios de Madrid* (1992). El protagonista comenzará su extenso paseo por la ciudad desde la estación de Atocha, detectando los principales cambios morfológicos: “ni siquiera encontraba el Scalextric”; luego, recorrerá el centro histórico llegando hasta la Plaza Mayor, “el corazón del viejo Madrid”, los barrios más castizos, “la Ribera de Curtidores, arteria principal del populoso Rastro”, para después centrarse en la Castellana, “los modernos edificios de acero y vidrio se alternaban con señoriales palacetes estucados en blanco”, la fuente de Cibeles “la más monumental de Madrid”, y por último, las barriadas más suburbanas, así como los barrios de chabolas; todo ello muestra un recorrido real por el conjunto de la ciudad:

Sobre los tejados de cartones y de chapas brillaba al sol un bosque metálico de antenas, algunas de ellas parabólicas (...) calles desiguales y polvorientas, trazadas al azar o al antojo (...).

Una serie de novelas claramente posmodernas sobre Madrid se han caracterizado por centrar su atención en el fenómeno de la ciudad difusa, es decir, la expansión hacia las afueras de las construcciones urbanas, contraponiendo el centro con la no-ciudad, con la periferia y con las autopistas que unen los distintos fragmentos de ciudad, donde las imágenes de la ciudad vivida, imaginada y deseada se superponen, llevadas algunas de ellas al cine, aunque con escasa o nula descripción paisajística, por lo que no vale la pena citarlas.

Para finalizar, recogeremos del poeta que se ha considerado como el más urbano de la poesía actual, nos referimos a Luis García Montero, su recopilatorio de poesía urbana (2010), donde están presente Madrid, Nueva York y Granada. En esta poesía de la existencia, realista y figurativa, hay más escenario o espacio vivido que descripción de ciudades, que “se hacen de hormigón y de cristal”. Sus versos más descriptivos, dedicados a las afueras de Madrid, los encontramos en su poema sobre la *Barriada del Pilar*:

(...) ocho kilómetros  
por una carretera con semáforos,  
coches encadenados, impaciencia (...).

La obra *Madrid. La novela* (2016) de Antonio Gómez Rufo nos ayuda a entender mejor el proceso seguido por la capital, desde mediados del siglo XVI hasta la actualidad, convertida la ciudad en “personaje literario”:

Madrid fue un rincón de aldea, pero los siglos la convirtieron en un paisaje de apretones de manos sinceros y sin doblez. También fue nicho de miedos. Y Villa de locos. Pero siempre eterna como una obsesión.

En el paso de un siglo a otro, destacaremos la contraposición entre las ciudades que se han mantenido a lo largo del tiempo y las que se han destruido urbanísticamente, pudiendo encontrar distintos ejemplos. Para el primer caso citaremos a Sevilla y para el segundo a Alicante. La novela de Antonio Gala, *Más allá del jardín* (1995), nos presenta una urbe convertida en museo “preparada para los turistas”, con todos los tópicos que hay que respetar; por ejemplo, desde el barrio de Los Remedios “solo se distinguían La Giralda, los remates de las torrecillas de la plaza de España (...)”; pero también la realidad suburbana donde aparecen los barrios de gitanos: “había chabolas inhabitables levantadas con materiales de derribo”. Respecto a la segunda ciudad que mencionábamos, encontramos una narrativa que tiene por objeto buscar el pasado, los restos de una ciudad, para poderla identificar. Nos estamos refiriendo a la obra de

Mariano Sánchez Soler: *Alacant blues. Crónica sentimental de una búsqueda* (2002), en la que se menciona al viejo y noble Alicante: “había resistido todos los embates de los años difíciles”, a continuación citaba al popular barrio de Santa Cruz “con sus calles estrechas, empinadas y olorosas de cal y geranios”, para a continuación recordar lo ya desaparecido como consecuencia de la especulación, así como la escasa planificación seguida en las actuaciones surgidas desde los años sesenta, vaciamientos que se han ido cubriendo con el paso del tiempo y con la aparición del tranvía, nuevamente, como garante para seguir sellando la dispersión o fragmentación:

A ritmo de inmigración y suelo barato crecía hacia todas las periferias, dejando espacios vacíos entre los nuevos barrios.

### 2.1.3. *Nueva York: la ciudad moderna y la ciudad actual*

El urbanismo del siglo xx fue una reacción a los males del siglo anterior, la metrópoli se había convertido en la primera del mundo con mayor número de inmigrantes, lo que originó un grave problema de viviendas, pues junto a su escasez existían distintos aspectos que impedían su desarrollo: el valor del suelo, la poca higiene y el fuego; fue esto último lo que originó la aparición de escaleras de incendio en sus fachadas. Se dio una clara separación social por barrios: mientras las líneas del tranvía y el metro posibilitaron la aparición de nuevos barrios residenciales suburbanos, en los barrios pobres se hacinaba la población. La ciudad de los rascacielos se había convertido en un producto de consumo, soporte físico sometido a leyes de mercado, en el respeto sagrado a la propiedad privada, convertida Nueva York en paradigma de ciudad, en soporte de producción. La nueva metrópolis americana desvela así una ciudad moderna que permitiría destruirse y reinventarse de nuevo cada día, dejando para el presente una nómina escasa de edificios singulares del pasado.

El motivo de traer a estas páginas la presencia de Nueva York se debe, como ya hemos afirmado, a que esta ciudad ha sido la que más ha interesado a los escritores españoles a lo largo del siglo pasado, pues vino a sustituir a París como capital del mundo, y se convirtió en la que mejor ostentaba la idea de modernidad, al mismo tiempo que la ciudad iba transformando su fisonomía de forma extraordinaria, viendo como los rascacielos se sucedían compitiendo en altura y en armonía constructiva. Una obra ha venido a analizar la amplia relación de poetas que siguieron el ejemplo que inició Juan Ramón Jiménez, utilizando la mayor parte de ellos, hasta la actualidad, la ciudad como escenario, con escasas referencias: la geometría de su urbanismo, los rascacielos, los cementerios, etc.; la mayor parte de ellos son profesores<sup>3</sup> que se instalaron en la ciudad por unos años o la visitaron. Junto a estas aportaciones presentaremos las publicaciones que nos parecen más significativas por la descripción de la ciudad.

En las primeras décadas del pasado siglo, cuando la transformación urbana aún no era muy patente, Juan Ramón Jiménez, en su obra *Diario de un poeta recién casado* (1916)<sup>4</sup>, escrita en verso y prosa poética, indica, por un lado, su admiración ante la metrópoli: “¡New York, maravillosa New York!”, ciudad que le sorprende por el movimiento de la urbe, por los distintos medios de locomoción; pero también descubre su lado más oscuro: llena de malos olores donde malviven personas de distintas razas: “aquí viven chinos, irlandeses, judíos, negros”. Mayor interés tuvo la aportación de José Moreno Villa en *Pruebas de Nueva York* (1927), donde describe una visión muy acertada sobre la ciudad más espectacular del momento con el mayor espíritu de justicia que puede. Presenta un urbanismo de amontonamiento, de casas apiñadas y altas: “un montón de cajones monstruosos”, situación que razona debido al poco espacio existente, lo que obliga a tener que aprovechar al máximo el suelo “ganando espacio en el espacio aéreo”, lo que da origen a “casas gigantescas a la vez que estrechas”. Hace hincapié en un fenómeno que llama la atención a los visitantes de la ciudad, como es el caso de las escaleras de incendios en las fachadas, a la vez que menciona el proceso de destrucción-construcción de inmuebles, donde queda claro cómo se han ido sucediendo los elevados bloques de viviendas y cómo grandes edificaciones han dado paso a nuevas torres:

La construcción que tenga veinticinco años se mira con recelo y se la señala enarbolando imaginaria piqueta.

Aclaración que nos ayuda a comprender el proceso de rápida renovación llevada a cabo en aquellos años. De su aportación ha indicado Cañas (1994) que ofreció interesantes descripciones sin perder de vista ningún aspecto de la vida urbana y social.

La crisis del 29 y la del 73 marcaron la vida de esta ciudad, la primera la vivió directamente Federico García Lorca, tal y como lo desvela en su poemario *Poeta en Nueva York* (1930), y en la correspondencia que mantuvo, así como en sus posteriores conferencias. El poeta reconoce la sorpresa que le produjo la ciudad: “New York me ha dado como un mazazo en la cabeza”. En su poema *New York* denuncia un mundo urbano en dos mitades diferentes:

Yo denunció a toda la gente  
que ignora la otra mitad,  
la mitad irredimible  
que levanta sus montes de cemento (...).

O bien su poema *La aurora*, donde muestra una obra más expresionista que surrealista: “Por los barrios hay gentes que vacilan insomnes / como recién salidos de un naufragio de sangre”. Lorca contrapone dos aspectos diferentes: modernidad y progreso, así como dos tipos de paisajes urbanos: el antiguo de

las ciudades de Europa y el frenético de Nueva York: “la ciudad más atrevida y más moderna del mundo”, como recoge Jaén (1993).

Una aportación interesante es también la del periodista Julio Camba en su recopilatorio, *La ciudad automática* (1934), donde tras afirmar que “Nueva York es una ciudad que me irrita, pero que me atrae de un modo irresistible”, analizará las características de dos barrios (Harlem y el barrio judío) para luego centrarse en uno de los aspectos que más le llamó la atención: los rascacielos. Tras señalar que ha posibilitado su enorme ensanche gracias a los puentes y túneles, indicará que estas elevadísimas edificaciones definen a la ciudad, es decir, todo lo contrario a la homogeneidad que caracteriza a París:

No son una consecuencia del excesivo precio de sus solares, sino que, al contrario, el excesivo precio de sus solares es una consecuencia directa de sus rascacielos.

Un espectador de la crisis del 73 y de la dimisión del presidente Nixon (1974) fue Eduardo Mendoza, tal y como nos lo desvela en su narrativa sobre *Nueva York* (1986), en la que refleja los recuerdos de su estancia. El autor une dos aspectos, por un lado, la considera la ciudad de moda, con su “fachada marítima teatral”, pero también la que está sufriendo, en primera persona, las consecuencias de la crisis y la bancarrota, pues el desánimo impregna la vida urbana: Nueva York se muestra como una ciudad vieja basada en la empresa mediana y pequeña, la iluminación pública es escasa, las calles, llenas de vagabundos, más todos los problemas de higiene (ratas y cucarachas). La oferta de pisos supera la demanda, y el alquiler es más elevado conforme es mayor la altura.

Si hacemos referencia a las últimas décadas, la ciudad se convierte en centro de atención al ser considerada la primera ciudad global, con el mayor número de funciones urbanas mundiales. Esta metrópoli ha sido ejemplo de una intensa urbanización de la periferia a partir de viviendas unifamiliares que se transforman en el elemento central de su estructura urbana. La ciudad posindustrial está originando: la desindustrialización y terciarización, la mayor integración en la economía global, la reestructuración de la forma urbana y el aumento de las desigualdades, la segregación social y espacial, así como la privatización del espacio urbano y la fragmentación de la forma urbana, siendo Manhattan el centro de una economía de aglomeración.

Finalizando los noventa, el poeta José Hierro, con *Cuaderno de Nueva York* (1998), continuará recogiendo los viejos temas que llamaron la atención a todos los que viajaron a la ciudad durante el siglo: los anuncios luminosos y los “rascacielos de acero y miel”. *Rapsodia en Blue* será el poema de más interés geográfico:

La geometría de New York se arruga,  
se reblandece como una medusa  
se curva, oscila, asciende, lo mismo que un tornado  
vertiginosa y salomónica (...).

Un autor del que hemos recogido su aportación sobre Madrid aparece nuevamente ahora en la que ha sido su segunda residencia. Nos referimos a Antonio Muñoz Molina, con una obra de vivencias: *Ventanas de Manhattan* (2004). Se inicia con los recuerdos de sus primeros viajes:

A principios de los noventa, Manhattan tenía una población de pobres errantes que fueron desapareciendo (...). Estaban en todas las esquinas (...).

En segundo lugar, una constante que marcó el nuevo siglo en lo que se ha denominado como Zona Cero: “Las torres ardiendo, derrumbándose como torpes maquetas”. Luego aquellos aspectos que se perciben cuando se visita esta ciudad: que existe poca iluminación pública, tan solo la luz de la publicidad y los escaparates; que es una gran maquinaria, y el “gran bazar del mundo”. Para añadir que este espacio construido se sustenta sobre débiles cimientos: el “subsuelo, en realidad es tan frágil como un castillo de arena o de naipes”; dando como resultado una morfología urbana “permanentemente construida y destruida”, lo que ha originado que “en el último siglo el paisaje de Manhattan se ha modificado radicalmente”, según Muñoz Molina.

Por su parte, Enric González, en su obra periodística *Historias de Nueva York* (2006), nos da cuenta de todos los edificios que se salvaron de la demolición. Se detiene en las presiones de unos barrios sobre otros, como es el caso de que la Pequeña Italia desapareciera hace tiempo devorada por su vecina Chinatown. Respecto al uso del suelo y su relación con los rascacielos, se afirma que:

En Nueva York, una cosa es la propiedad del suelo y otra la propiedad del aire, y muchas veces pertenecen a gente distinta (...). El aire, es decir, el derecho de edificación sobre un solar a partir de cierta altura, puede ser tan caro o más que la tierra.

Como vemos, la referencia al precio del escaso suelo y su relación con la construcción en altura son siempre una constante, una realidad que sorprende al viandante cuando comprueba que en las esquinas de la gran manzana apenas queda espacio para contemplar el cielo (figura 2.1).



Fuente: F. Pillet (2008).

FIGURA 2.1. Rascacielos del sur de Manhattan.

Al finalizar el estudio de la *imagen literaria del paisaje*, o más concretamente del paisaje urbano, se comprueba que este, efectivamente, ha sido el menos estudiado y a la vez el que más interesa a los escritores, tras el auge del paisaje natural y rural de otros tiempos. La literatura nos ha ofrecido innumerables obras que han tenido como fondo o escenario la ciudad, pero ha sido preciso, tras una lectura amplia, seleccionar aquellas que han descrito, sin querer ser exhaustivos, la trama urbana de algunas ciudades españolas, especialmente Madrid, así como también otras que se suceden a lo largo del texto: Oviedo, Cuenca, Segovia, Salamanca, Granada, Barcelona, Sevilla y Alicante; a las que se ha unido la gran ciudad global, Nueva York, por ser la que más ha despertado la atención de nuestros escritores españoles en lengua castellana desde comienzos del siglo pasado. Como resultado del trabajo llevado a cabo se desprende, nuevamente, la utilidad de la fuente literaria para el conocimiento del devenir urbano, del proceso de urbanización y, muy especialmente, la evolución de la ciudad moderna a la actual posmodernidad, para así comprender mejor las modificaciones que fueron sufriendo los espacios urbanos, desde la mirada y la imagen literaria, desde la visión subjetiva. La relación literatura-paisaje y más concretamente literatura-ciudad no solo convierte al texto literario en una fuente de investigación para la comprensión del hecho urbano, como resultado de las emociones despertadas por el viajero, sino que, además, en la actual sociedad del ocio esta relación viene a aportar a los turistas un documento, una guía de viaje fundamental para el desarrollo del turismo cultural. Durante el siglo XIX hemos comprobado, en las ciudades españolas, la situación antes y después del derribo de las murallas y la llegada del ferrocarril,

es decir, el relleno interno de la trama urbana en un primer momento, para a continuación centrarnos en los nuevos ensanches. En el siglo xx, la ciudad de Nueva York se convierte en el gran modelo a seguir, con un desarrollo concentrado y apoyado en las construcciones de grandes alturas o rascacielos para, durante las últimas décadas, producirse la ciudad dispersa. En el pasado siglo, aparecen una serie de escritores españoles en lengua castellana que se han interesado tanto por una ciudad española como por la gran metrópoli mundial, ofreciendo textos literarios descriptivos, siendo los mejores ejemplos, en las primeras décadas, Juan Ramón Jiménez y Federico García Lorca, y en las últimas, de manera muy clara, Eduardo Mendoza y Antonio Muñoz Molina.

## 2.2. El paisaje de España en sus versos: de la naturaleza a la ciudad

Analizaremos ahora la poesía en verso sobre el paisaje de España, visto por los poetas nacidos en nuestro país. De los autores más representativos, sin ánimo de ser exhaustivos, recogeremos las mejores estrofas o versos dedicados al paisaje, proceso que analizaremos de forma cronológica. En primer lugar, los orígenes, para luego centrarnos en dos momentos: el paisaje sublime y social, desde el Romanticismo hasta mediados del siglo xx, y, a continuación, el paisaje rural y urbano, desde mediados del siglo pasado. Pondremos a pie de página las obras de creación, citando el título, y el de los poemas de los que hayamos seleccionado versos o estrofas.

Consideramos *orígenes* el periodo que va desde el Medievo, donde el paisaje tuvo un valor simbólico, religioso, etc. (*Libro de Alexandre*, Gonzalo de Berceo, *Romancero*). En el Renacimiento, el espíritu neoplatónico exaltaba la naturaleza sin aparecer la visión paisajística con toda su plenitud; el poeta más representativo fue Garcilaso de la Vega (1501-1536), que se caracterizó por su poesía bucólica y por sus descripciones del amanecer y el anochecer. El poeta del Barroco, de refinada sensualidad, es Luis de Góngora (1561-1627); en su obra *Soledades* abarca los campos, las riberas, las selvas y el yermo, así como el rumoroso mar y el silencioso campo, ideas todas ellas que se recogen en sus retóricos versos. La figura más importante de la Ilustración fue Gaspar Melchor de Jovellanos (1744-1811) con su reconciliación del hombre con la naturaleza, mostrada en la *Epístola a Batilo*. Tanto en el tiempo pasado como en el venidero, los ríos y la primavera serán dos motivos de inspiración muy repetidos. El estudio del paisaje de España a través de los versos lo analizaremos desde el Romanticismo hasta la actualidad, primero contemplándolo de forma general, y luego viendo el paisaje rural y el urbano.

La literatura ha venido desarrollándose a lo largo de los últimos siglos organizada o agrupada en generaciones<sup>5</sup>: “hablar de generaciones sirve para trazar